

60 AÑOS DE EJERCICIO PROFESIONAL EN EL CONTEXTO DE MI VIDA

Viola Soto: sixty years of professional development

VIOLA SOTO GUZMÁN*

Resumen

Este es un sintético recuento de la historia de vida de una profesora formada en el Liceo público y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que abarca gran parte del proceso de cambios y rupturas experimentados por la educación chilena durante el siglo XX y paso al siglo XXI. Las reflexiones se hacen desde sus contactos familiares, con la vida de los profesores, sus estudios primarios, secundarios y universitarios, su ubicación en la historia de la experimentación chilena en el Liceo Experimental Manuel de Salas, su trabajo académico en la Escuela de Educación de la PUC, y en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y en el Servicio de Supervisión de la Reforma Educacional del período Frei Montalva. Se refiere también a sus desempeños como Asesora de la Dirección de Educación en Honduras (1950-1952) y como Especialista Principal del Proyecto Multinacional de la OEA para América Latina, con sede en la U. Simón Bolívar, en Caracas (1977-1982) en parte del tiempo de su cese de trabajo en Chile; su regreso, participación en la fundación y acciones de la Asociación Chilena de Curriculum Educacional (desde 1984); y reincorporación a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación –sucesora del I. Pedagógico–, al reingreso a la democracia, como Vicerrectora Académica (1990-1993), luego como Coordinadora General de Postítulos y Postgrados (1994-1999), postgrado donde aún permanece desempeñando cátedra de Curriculum Educacional en la Maestría en Educación y labores de asesoría académica. Obtuvo Premio Nacional de Educación (1991).

Abstract

This is a life story of a teacher who was graduated from the University of Chile. This University greatly promoted changes within the Chilean educational system during the XX century. This article portrays her academic and administrative life in different institutions such as: The Pontifical Catholic University of Chile and OAS (Organization of American States). She received the Chilean Award of Education (1991).

* Premio Nacional de Ciencias de la Educación, 1991.

“Cada día de enseñanza debe capacitar al maestro para revisar y mejorar en algún aspecto los objetivos principales de su labor educacional”.

John Dewey¹

Creo que bebí en la leche materna y en las caricias de mi madre y mi padre el amor por la profesión docente, que se respiraba en mi hogar. Nací en Santiago el 22 de julio de 1921, primera hija de los profesores Viola Guzmán Guzmán y Jorge Soto Mora, en un tiempo en que seguramente se sentían orgullosos y felices con los discursos sobre la Educación pública de don Luis Galdames y con la Ley de Educación Primaria Obligatoria, pionera en América Latina, en que había tenido destacada participación Darío Salas, maestro de mi madre en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En esta etapa, la Constitución de 1925 definió la separación de Iglesia y Estado.

Grabé en mi infancia el rostro de mi madre bajo la luz de una lámpara corrigiendo las tareas de Castellano de sus alumnos del Liceo de San Bernardo, el lugar donde vivíamos; y sus palabras de reverencia hacia sus maestros, entre los que se contaba Fidel Pinochet Le Brun.

Viajé con mi madre a Coquimbo cuando el Presidente Ibáñez la nombró Directora del Liceo, con el encargo de reformarlo; ella realizó esa labor transformándolo en una comunidad con sentido de servicio educacional, sin remover a nadie. Salimos de Coquimbo dos años después hacia la nueva Dirección del Liceo de Niñas de San Fernando, que había ganado mi madre para acercarse a mi padre que trabajaba aún en San Bernardo. La despedida de los habitantes de Coquimbo me marcó; todo el mundo estaba en la calle, y desde una victoria descubierta recibíamos pétalos de flores, lo que me hizo preguntarle: mamá, ¿las profesoras son reinas?. Ella me contestó: no,

¹ Dewey, John (1968). “La Ciencia de la Educación”. Ed. Losada. Buenos Aires, Pág. 78.

hija, no somos reinas, pero la gente nos quiere cuando sabemos servir a sus hijos con amor. *Ese fue el primer principio de la profesión que yo aprendí: Servir con amor.*

La incorporación de mi padre como Inspector y profesor de Gimnasia al Liceo de Hombres de la ciudad fue muy importante para nosotros. De carácter muy firme, mucha simpatía y hospitalidad muy abierta, supo acoger en nuestro hogar a las autoridades del Ministerio y a muchas personas que llegaban a la provincia y acudían a los Liceos en busca de apoyo para presentar sus espectáculos de teatro, conciertos, exposiciones de pintura, conferencias... y que, compartiendo con nosotros su cultura, necesitaban pan, techo y abrigo. Nosotros, mi hermano Jorge y yo, aprendimos a desenvolvernos entre ellos, con la misma sencillez con que lo hacían nuestros padres... ¡Cuánto nos sirvió en nuestra vida!... ¡Cuántas puertas se abrieron para mí en Santiago posteriormente!

Terminé mi educación primaria y mi educación secundaria en San Fernando, en el Liceo de Niñas, en un ambiente de encuentro democrático con mis compañeras que provenían de las distintas condiciones sociales y culturales, lo que –unido a la convivencia en mi hogar– constituyó la esencia del *profundo proceso de socialización e individuación consustanciado con mi educación formal que cimentó mi segundo principio pedagógico: la capacidad de intercomunicación con otros en una sociedad heterogénea, con el respeto que requiere el considerar a los otros “como legítimos otros”, ya que las personas valen por lo que son y no por lo que tienen.*

Mi compañera de banco, hija de campesinos, me pegó los piojos; ante mis reclamos y solicitudes de cambio de banco, mi madre me llevó a su casa a buscarla y la invitó a la mía para hacernos a ambas un tratamiento “horrible” de alcohol con cuasia, con lo que se acabó el problema. Entre tanto, yo aprendía que –como me decía mi mamá– ella era más inteligente y esforzada que yo porque no tenía ni padres que le ayudaran a hacer sus tareas ni los libros de que yo disfrutaba desde muy pequeña... mi compañera llegó a ser una exitosa profesional universitaria... La acompañé también a buscar a alum-

nas que empezaban a desertar porque sus padres las requerían en sus trabajos. Ella los convencía de la capacidad y posibilidades de ir mucho más lejos de sus hijas... Y volvían a clases. *Aprendí entonces otro principio fundamental: las alumnas (y sus padres) necesitan el apoyo y la confianza de sus profesores en sus posibilidades y capacidades para tener éxito escolar y abrirse a nuevas expectativas, en una sociedad que busca la movilidad a través de la educación.*

Pese al consejo de algunas de mis profesoras que me instaban a estudiar otras carreras mejor remuneradas, siguiendo mi vocación temprana estudié Historia, Geografía y Educación Cívica en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en que mi madre había estudiado Castellano, Filosofía y Francés. Tuve grandes profesores, Pedro León Loyola, Roberto Munizaga, Luis Galdames, Juan Gómez Millas, Eugenio Pereira Salas, Amanda Labarca, Santiago Peñailillo, entre otros. A ninguno lo sentí lejano, pese al respeto que nos inspiraban. Fui motivo de atención especial de don Pedro, quien me seleccionó para su Curso Especial de Filosofía... y me entregó la llave de su biblioteca para que yo estudiara en su casa, porque era de provincia y estaba sola en la capital. Don Roberto me sonreía cada vez que me entregaba mis notas, y siempre nos decía: Las ideas, por muy complejas que sean si no se practican se destiñen como las ropas en los roperos oscuros. En los trabajos que nos encomendaba tuve que practicar esas concepciones. En el momento actual *ese concepto de interrelación teoría-acción fundamenta las nuevas concepciones del curriculum, es un principio esencial.* Don Juan me hizo dudar al recibirme, si dedicarme a la Historia o a la Pedagogía. A él le debo *otro de los grandes principios de mi formación pedagógica relacionado con la persona y sociedad abiertos al mundo: la educación se entienda y se realiza en íntima vinculación con los contextos espacio-temporales en que se desenvuelve.* Don Eugenio me abrió las puertas al conocimiento de las poblaciones aborígenes de nuestro continente, en el ámbito de un fuerte proceso de occidentalización generalizado, que nos incorporaba a la modernidad. Don Santiago fue mi Metodólogo de las Ciencias Sociales y supervisó mi práctica, tan estimulador y admirador de “las proezas iniciales”, que fortaleció mi

autoestima, y me impulsó a tener confianza en que podría hacerlo bien como profesora. En su estímulo revivía en mi persona lo que había observado en el Liceo. Investigaciones recientes comprueban *la importancia que tiene para el aprendiz, la confianza del educador en su capacidad², principio fundamental de la relación enseñante-aprendiente que ha orientado mi encuentro con mis discípulos*. La Señora Amanda fue una extraordinaria guía en formación docente, mujer muy destacada, era tan sencilla que llegaba a todos y a cada uno de nosotros enseñándonos a valorar intensamente el papel de la educación pública y el estado docente en la formación de nuestro estado-nación. Confirmamos con ella que *esta profesión era la madre de las profesiones*. Mis compañeros de curso y yo nos dimos cuenta de la importancia que tenía nuestra elección profesional adscrita a *una educación democrática con sentido orientador de nuestras acciones: el servicio de inclusión de todos los habitantes de nuestro país en la organización política, cultural, social y económica*.

Para mí el paso por el Pedagógico confirmó mi vocación, que en gran medida ha sido la pasión de mi existencia, y consolidó mis principios educacionales. En mi formación temprana y en el Pedagógico había aprendido el código docente, a partir de la intercomunicación profesor, alumno, comunidad, región, país y mundo. Pero aún me faltaba la experiencia mayor de vivirlo como docente.

Entretanto hacía mi Memoria, entré como Ayudante de Biblioteca al Liceo Experimental Manuel de Salas (1944), donde luego de recibida gané concurso de profesora el 1 de mayo de 1947. Bajo la sabia dirección de doña Florencia Barrios Tirado y su cuerpo de docentes fundadores, entre los que estaba mi futuro marido –Guillermo Pinto Meris–, entré de lleno a la experiencia pedagógica de la Escuela nueva, la escuela impregnada de la educación progresista de John Dewey. Esa era una comunidad de profesores, alumnos, personal

² Racsinsky, Dagmar (2004), Escuelas con alto rendimiento académico en situaciones de vulnerabilidad social. Estudio de caso en Chile. Programa de Magíster en Política Educativa, Universidad Alberto Hurtado.

administrativo y de servicio, padres y apoderados, en que todos y cada uno sabían que su meta era participar en la construcción de la democracia ciudadana en el país, en un ambiente pluralista y de trabajo intenso en equipo, con liderazgos compartidos que cambiaban según fueran los asuntos a abordar o a resolver; fue mi GRAN ESCUELA. En ella existía “la comunicación que asegura disposiciones emocionales e intelectuales semejantes, como modos de responder a las expectativas y a las exigencias...”. “Se vivía la democracia como forma de vida, inclusión social, interacción de medios fines, de teoría y práctica; no sólo como institucionalidad, sino como posición moral-ética, libertad e igualdad de la persona para participar en la construcción social”³.

Y avanzo hacia un paréntesis, antes de continuar con mis experiencias en el Liceo.

En enero de 1947 me casé con quien se había transformado en mi profesor guía de la experimentación, Guillermo Pinto, rodeados ambos por la cariñosa acogida a nuestro romance de alumnos y profesores. Impulsada por mi marido y mis padres realicé un año de estudios en la Universidad Central de Madrid en España (1949). Allí estudié Psicología e Historia de la Cultura centrada en el Arte, en lo que hoy se podría llamar un Postítulo. Año provechoso y difícil, lejos de mi familia. Volví a Chile y en 1950 mi marido ganó un concurso abierto en la Universidad de Chile para participar en una Misión Chilena cuyo cometido sería realizar la Reforma de Educación hondureña solicitada por el Ministro de Educación de ese país, Dr. Carlos M. Gálvez, que había estudiado en Chile. Al poco tiempo, en julio de ese mismo año, viajé a Honduras, donde se me ofreció el cargo –que yo consideraba enorme para mi experiencia– de Asesora de la Dirección de Educación Secundaria. En ese amado país, que nos ofreció a mi marido y a mí la nacionalidad hondureña para que no dejáramos nuestro trabajo, me enfrenté por primera

³ Dewey, John (1967), “Democracia y Educación”. Ed. Losada. Buenos Aires. Cap. II.

vez con la tarea de formar profesores. Los maestros hondureños que ejercían la formación secundaria eran empíricos, los menos habían estudiado otras profesiones. Algunos de los maestros de primaria se habían formado en la Escuela Normal creada en 1909 por la profesora chilena María Orfilia Lagunas Vargas, de estimable recuerdo en el país.

¡Cuánto me sirvió entonces lo aprendido hasta ese instante acerca de la educación! Inicié “mi asesoría” con humildad y bastante inseguridad, a pesar de sentirme apoyada por mi esposo. Destiné mis primeros meses a entender el proceso histórico vivido por ese país, cuna de la civilización maya, que venía saliendo de una larga dictadura, y a visitar las escuelas en las distintas regiones, muy aisladas entre sí; como no había caminos, tuve que viajar en pequeños aviones de carga que aterrizaban en canchas de tierra. Creo que nunca podré olvidar la acogida de esos profesores. Llegó la primera escuela de verano y ya conocía mucho de sus experiencias y de sus problemas. Se me encargó el curso de Psicología del Niño y el Adolescente, y se me ocurrió trabajar en relación a hermosos textos literarios, como “El estudiante Florentino” de E. D’Amici... y considerar las experiencias de ellos como padres y maestros, siguiendo las lecciones experimentales de Dewey. Inicié mi primera clase con 40 participantes y llegué a tener mucho más de 200 alumnos en el aula, incluido el propio Ministro de Educación... Bajo el calor del trópico la cultura ofrece otras manifestaciones... El maestro de música Manuel Láñez me dedicó su composición “Dulce Maestra”, que corearon todos sus compañeros en la sesión de clausura de la Escuela; y de acuerdo a las tradiciones, los profesores alumnos me bautizaron con un nuevo nombre: “Estrella”. Este nombre perduró durante los dos años que estuve trabajando en Honduras. Fue allí donde comprobé lo que había aprendido en mi experiencia anterior y tuve la clara conciencia de que la comunicación pedagógica es una interrelación que se basa en la emoción y, de parte del que la guía, en el deseo profundo de servir a los otros incorporándolos al mundo de la cultura formal desde su propia cultura. *Allí fue donde comprendí que tenía que aprender de la diversidad cultural de mis discípulos...*; Dieciocho años después

de haber estado en Honduras mis colegas, algunos de mis discípulos, entre los cuales estaba el Prof. Abelardo Fortín, entonces Ministro de Educación, me invitaron a volver para impartirles un Seminario al que asistieron profesores de todo el país... en medio de manifestaciones de mucho afecto, con entrada y salida del aeropuerto rodeada de profesores con banderas chilenas, recibí la medalla maya de la Fidelidad y los brazaletes de oro del “Huayape”... Por allá por fines de 1973 el entonces embajador de Honduras en Chile vino a ofrecerme a mi casa nuevamente la nacionalidad hondureña para mí y toda mi familia y cargos importantes en la educación de su país a mi esposo y a mí.

Desde Honduras volvimos al Liceo Manuel de Salas en 1952 a seguir aprendiendo de todos y cada uno de los miembros de esa querida comunidad, que hasta hoy considero única y señera en mi existencia profesional. Fui profesora de aula, profesora jefe de curso, asesora del gobierno estudiantil. En esa etapa de nuestra vida de matrimonio, en 1955 nació nuestro primer hijo Rodrigo, que tanto habíamos esperado y por el cual yo había hecho numerosas rogativas y mandas a Dios y a todos los santos. Al año siguiente nació nuestra hija Viola. Fue muy curiosa la reacción del curso del cual yo era profesora jefe (y con el que hasta hoy día me reúno todos los años); después de acompañarme con muchos pequeños regalos al nacimiento de mi primer hijo, cuando volví a mi trabajo tuve que preguntarles por qué estaban tan silenciosos a mi llegada. El alumno jefe del Consejo de Curso (Cuarto año de humanidades) me planteó muy serio: “Usted ya no nos quiere”. Me vi enfrentada a encontrar la manera de que ellos entendieran que hay distintos tipos de amor... Mucho más tarde en la etapa de la adolescencia de mi hija Viola, un buen día, enfurruñada también como aquellos alumnos, y a propósito de las consultas que me iban a hacer a casa algunos discípulos del Instituto Interamericano de Educación Musical, en que yo tenía a mi cargo el curso de Currículum, me dijo: “Tú tienes el corazón de alcachofa, a cada persona le regalas una hoja”. Nueva expresión del sentido posesivo del amor, que en el fondo era similar a la de aquel grupo de adolescentes de mi Consejo de Curso.

La regla básica del Liceo era la de la participación en los diversos aspectos de la vida comunitaria, lo que implicaba conocer a cada alumno, y en el caso de los del propio curso de jefatura a sus padres, para lo cual los profesores estábamos apoyados por el Servicio de Consejería y Orientación, el Servicio Social, el Servicio Médico. El lema permanente era la innovación. En 1958 fui elegida por el Consejo General de Profesores del Liceo para optar al cargo de Asesora Técnica; me presenté y lo gané en concurso de oposición, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, iniciando una nueva faceta de mi vida profesional, en el contexto del ambiente comunitario y democrático del Liceo. Allí se pertenecía a una institución en que la gestión y la administración estaban al servicio del enriquecimiento constante del currículum y en que la evaluación se constituía en aspecto intrínseco de todas las prácticas institucionales de enseñanza y aprendizaje. Todo abría posibilidades a la práctica de la interdisciplina. Los proyectos escolares se practicaban a lo menos dos veces al año rompiendo la estructura de los cursos y el ejercicio de las especialidades en torno a temas nucleares que proponían nuestros propios alumnos. Más tarde me di cuenta que estos proyectos introducidos como “actividades integradas” en los séptimos y octavos años a que se extendió la escolaridad en la reforma Frei, fortalecían la baja “clasificación disciplinaria” y la importancia consiguiente de todas las asignaturas, con consecuencias que entonces desconocíamos hacia la valoración de todo el trabajo humano; y también favorecían el bajo “enmarcamiento” en la comunicación de profesores y alumnos⁴. Además, generaban situaciones de conflicto que se resolvían dentro de la normalidad de la convivencia.

Desde ese Liceo, en que entonces soñaba hacer toda mi carrera profesional, viajé también a EE.UU. por un año para estudiar Curriculum en la Universidad Syracuse-New York, con una beca

⁴ Bernstein, Basil (1985), Clasificación y Enmarcación del Conocimiento Educativo. Revista Colombiana de Educación. Universidad Pedagógica Nacional. N° 15. Primer Semestre. Bogotá. Págs. 47-74.

Fulbrigh (1960-1961). Mi experiencia mayor en esa estadía estuvo en la observación del trabajo realizado por la escuela 49 del Harlem, donde se practicaba una educación dirigida a ampliar las aspiraciones de la población negra. Era impresionante ingresar a esos recintos iluminados con imágenes de negros exitosos en todos los campos de la cultura... y conversar con esos profesores que, entusiasmados, difundían los nuevos resultados de tests de inteligencia aplicados a la población negra, con adecuaciones culturales que permitieron comprobar que eran tan inteligentes como los blancos.

Al volver a Chile y al Liceo el Consejo Técnico presidido por la Directora aprobó que pusiéramos en marcha la agrupación flexible que yo había visto practicar en EE.UU., adaptándola en Castellano y Matemáticas para apoyar tanto a los alumnos más avanzados como a los que tenían mayores dificultades. El trabajo se realizó en los séptimos y octavos años por equipos integrados por profesores de educación básica y media que prepararon materiales de autoaprendizaje, adaptando las fichas de Dottrens, entre otros instrumentos, y que se introdujeron a la preparación de pruebas de evaluación que se aplicaron al diagnóstico, a los procesos de aprendizaje y a los resultados, para permitir la formación de grupos avanzado, medio y de recuperación, de acuerdo a sus necesidades, lo que significó redistribuir a alumnos de dos cursos paralelos. Los alumnos tuvieron diferentes ubicaciones en cada una de esas asignaturas, y la flexibilidad facilitó el cambio de los niños de un grupo a otro según fueran sus avances o dificultades. Tal vez en esos momentos no nos dábamos cuenta que todo eso se podía practicar porque en el Liceo, desde sus inicios, se había producido una máxima colaboración entre profesores educados en las Escuelas Normales y los que venían de la Universidad. Sólo lo constaté más tarde, cuando me introduje a la dificultad de generar trabajos en común de profesores básicos y medios, en el proceso de cambios de la reforma educacional que obligaba al trabajo conjunto en los séptimos y octavos años.

Entre otras experiencias, don Juan Gómez Millas, entonces Rector de la Universidad de Chile, me solicitó que trabajara bajo su di-

rección un proyecto de aplicación del estudio de casos. Durante un semestre trabajé una unidad de imperialismo contemporáneo desde Gandhi y la India. Fue impactante comprobar la capacidad investigadora de los alumnos y la facilidad con que extrapolaron sus conocimientos desde el imperialismo británico hacia el resto de los imperialismos contemporáneos. Abierta la experiencia a todo el personal del Liceo, como se hacía siempre en esa comunidad, generó otras tanto o más valiosas experiencias que esa... y motivó en mi persona su empleo en Pregrado y en Postgrado, posteriormente.

En ese ambiente se podían introducir en forma pionera prácticas desconocidas como la de la televisión escolar en trabajo también interdisciplinario con el grupo de ingenieros y técnicos de la Universidad que inició la televisión del canal 9 en 1960, allá en los edificios de Blanco Encalada, y el grupo de profesores que tuvimos que actuar a cuenta de nuestra imaginación y crear teleclases en un país donde se desconocía aún la generalización de la televisión. La labor de dirigir ese proyecto, encargada por el Rector Gómez Millas, sólo la pude realizar en el trabajo en equipo con mis colegas y con el apoyo entusiasta de los alumnos y de sus padres y apoderados también partidarios de los nuevos ensayos; se extendió focalizadamente a varios liceos de Santiago. Las clases, complementarias del trabajo en aula, en que se combinaban, por ejemplo, las Artes Plásticas, la Música, la Filosofía, las Matemáticas, los Trabajos Manuales y la Religión para entender la catedral gótica... o los experimentos en Física... o las clases de lenguaje con títeres para los niños de básica...entre otros, desdichadamente no se conservaron porque aún no conocíamos la técnica del vídeo. Era tan nuevo ese camino educativo que con el apoyo del psicólogo Jean Cizaleti, profesor del Instituto Pedagógico, hice mi primera investigación con grupos de control y de ensayo para evaluar los efectos de la televisión en el aprendizaje, lo que me valió una invitación a Tokio al primer Congreso Mundial de Televisión Educativa... y otra invitación a un viaje continental por EE.UU. para conocer las experiencias de la Continental Class Room... y a Europa-RTF de Francia, BBC de Londres, Tele-Scuola de Roma, TV de Hamburgo.

Entre tanto, desde 1957 hacía clases en la Escuela de Educación de la Universidad Católica en el Curso de Metodología de la Enseñanza de la Geografía y en la práctica de los alumnos, cargo académico que desempeñé hasta 1977. Allí trabajé con las metodologías propias de aprendizaje en el Liceo Experimental Manuel de Salas; y mis alumnos participaron de trabajos en terreno que les permitieron fácilmente introducirse al diagnóstico de los entornos del liceo de la comuna de La Granja, donde hicieron una práctica profesional aplaudida por los alumnos, que a pesar de una huelga en medio del trabajo, nos abrieron las puertas para continuar sus clases con nosotros “porque no eran clases sino formación para la vida”.

Cuando don Juan Gómez Millas asumió el cargo de Ministro de Educación durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva, obtuvo mi permiso del Liceo y la Universidad, donde ya ejercía la Cátedra de Didáctica ganada en concurso (desde 1962), para que me desempeñara como Jefe del primer Servicio Nacional de Supervisión Escolar del país. Otra rica experiencia que me permitió trabajar en todas las regiones y principales ciudades con un magnífico equipo de profesores de educación básica y media, seleccionados por su gran experiencia profesional. En todas partes tuvimos acogida y practicamos las nuevas propuestas de la reforma que había establecido la masificación del sistema escolar y había ampliado la educación obligatoria a ocho años, y que se incorporaba a un currículum racio-técnico inspirado en los modelos de Ralph Tyler, de Roger Kaufman y las taxonomías de Benjamín Bloom y David Krathwhol. Mario Leyton, desde el equipo de Gobierno, tuvo a su cargo la incorporación de este nuevo paradigma.

Como parte del proceso de cambio de ese gobierno se realizó la Reforma Agraria y se fortaleció la educación de adultos, lo que motivó el que se trajera a Chile a Paulo Freire. Visto a la distancia, nosotros los profesores chilenos que habíamos vivido un proceso gradual y exitoso de incorporación de la población a los estratos medios, en que la educación había jugado un papel importantísimo en consonancia con la ampliación de la administración del Estado y la econo-

mía, no estábamos preparados para la masificación de la educación. Solicitados desde muchos países de América Latina para apoyar sus reformas educacionales y con Escuelas Normales e Instituto Pedagógico a los que asistían muchos latinoamericanos, y que eran replicados en otros países, éramos reconocidos en la región y gratificados con el afecto y el respeto de nuestros connacionales, que como nosotros consideraban a la escuela el gran instrumento para la educación en libertad y en igualdad de oportunidades educacionales, en el Estado nación o Estado benefactor, dirigido al bien común. Aparte de los profesores experimentales, la mayoría de los profesores vivían aún en la práctica de la educación académica y en la visión de la importancia de las capacidades individuales fundamentadas en una psicología intradérmica, en que se daba mucho énfasis al individuo y a su potencial heredado, cuya inteligencia se podía medir en la convicción de que era invariable. La atención de la población nacional con toda su heterogeneidad social y diversidad cultural en las escuelas requería algo más que la implantación de un currículum racio-técnico homogeneizador dirigido a generar determinados aprendizajes, de acuerdo a resultados. Dentro de las multivariantes que explican el impacto de la educación en la población de un país, la formación acelerada de profesores tampoco podía realizarse con la calidad de los procesos normales hasta ese momento para la formación de profesores. Hay que recordar que quienes nos habíamos formado en la educación experimental, en escuelas y liceos y en escuelas consolidadas no éramos muchos. La mayoría de los profesores trabajaba dentro de los marcos de una educación en que se valoraban determinadas asignaturas con mucho mayor peso tiempo que otras.

La aparición de Paulo Freire con su visión histórico-antropológico-cultural y su propuesta al servicio de “La Pedagogía del Oprimido” (obra publicada por primera vez en nuestro país), tan diametralmente distinta a la que se implantó oficialmente, fue captada por algunos grupos de profesores, especialmente los que trabajaban en la educación de adultos. Los profesores experimentales, acostumbrados a la aceptación del cambio, nos acercamos a ese proceso,

pero estábamos también demasiado atareados por incorporarnos al nuevo currículum tecnológico que desconocíamos y que exigía fuertes cuotas de aprendizaje y preparación de materiales, conforme a los nuevos modelos.

En estas circunstancias, los enormes esfuerzos de ampliación del sistema escolar iniciados en el marco de “Revolución en Libertad” de Frei empezaron a generar deserción escolar y la fuga de certificaciones educacionales, en la medida en que el desarrollo económico no se correspondía con el educacional y que los profesores no nos dábamos cuenta de la diversidad cultural de los sectores no modernos. Fue entonces cuando algunos de nosotros empezamos a introducirnos en el currículum reflexivo crítico y el paradigma de la escuela reproductora de las desigualdades sociales, ya que palpábamos lo que significaban las decisiones de poder externas en las orientaciones de la escuela.

En el trasfondo de la Guerra Fría, al Gobierno de Frei lo sucedió el de Salvador Allende. Dejé el servicio de supervisión, sin entrega oficial y, como todo el equipo formado en esos años, volví a mis cargos. Mis clases en la PUC no se habían interrumpido. A ellas se unía las que realizaba en el INTEM. Experimenté el fracaso a mi postulación a la Dirección del Liceo, con convicción de injusticia, que manifesté abiertamente al Consejo General de Profesores... Pero continué con mi afán de participar intensamente en las acciones experimentales, especialmente vinculadas a la aplicación del concepto de educación permanente impulsado por UNESCO y el Informe de Edgar Faure. Los avances que realizamos fueron en alguna medida considerados en aspectos del diseño de la Escuela Unificada del Gobierno del Presidente Allende, de lo que me enteré después en la etapa de iniciación de la dictadura, en que se me sindicó como autora intelectual de esa propuesta en que no había participado.

Los múltiples obstáculos que surgieron de la intervención norteamericana en la desestabilización del gobierno socialista, el rechazo al gobierno de los grupos opositores, unido a las disensiones internas entre quienes lo apoyaban, impactaron también a la comunidad del

Liceo, la que, no obstante, siguiendo su tradición, continuó sus acciones escolares experimentales.

Y llegaron los tiempos de dolor. Desde el siete de octubre de 1973 estuve, con otros profesores del Liceo Experimental Manuel de Salas, cinco días en el Estadio Nacional, transformado en prisión política. Salí sobreseída del sumario que se me abrió en el Liceo y en la Universidad ya intervenidos, con el apoyo de mis colegas y personal administrativo. Sólo una persona me había denunciado como “revolucionaria oculta y coautora no visible del proyecto de escuela unificada”.

En 1974, con jornada tope de carrera, me incorporé a la Oficina de Investigaciones Educativas de la Sede Sur de la Universidad de Chile, bajo la jefatura de la distinguida profesora y académica Rene Viñas, con quien había trabajado durante la reforma Frei. Tuve a mi cargo, con el equipo de la Oficina, el perfeccionamiento de profesores de Escuelas Normales trasladados a la Universidad, donde se concentraba la formación de profesores desde el régimen anterior. Asimismo, dirigí una investigación orientada a la incorporación de los sectores de pobreza a la escuela, en consonancia con los extraordinarios aportes del doctor F. Monckeberg que había puesto en el tapete en los años 60 la problemática de la desnutrición escolar.

Nuevamente fui privada de libertad en julio de 1975, en calle Londres y Tres Álamos, y puesta en libertad después de doce días. El 30 de septiembre de ese año, mi cargo y mis horas de docencia académica en currículum en la Universidad de Chile fueron caducados por la autoridad militar. ¡Cuánto apoyo a mi despido recibí de mis colegas y de mis alumnos que entonces eran estudiantes de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales! Estimulada por numerosos discípulos y colegas, especialmente por mi marido y mis hijos, escribí el máspreciado de mis libros: “Desarrollo de Modelos Curriculares”, a partir de mis experiencias de aplicación del currículum tecnológico, pero en el que, inconscientemente, introduje mi formación en la educación a partir de la experiencia. Publicado en marzo de 1976, agotó dos ediciones el mismo año, distribuido básicamente en cadena por

profesores de Arica a Magallanes. Esta obra, unida a la red de profesionales chilenos con cargos en el exterior que trataron de ayudarme al conocer de mi exoneración –especialmente Manuel Fábrega en Venezuela y Mario Leyton en UNESCO, Colombia–, me llevaron a ganar concurso de la OEA y la Universidad Simón Bolívar como Especialista Principal del Proyecto Multinacional de Currículum para América Latina, con Sede en Caracas, cargo que acepté con anuencia de mi familia y desempeñé durante cinco años de trabajo con un equipo académico permanente e invitación a algunos académicos latinoamericanos. Nuestro desempeño consistió en:

- La formación de Especialistas en Currículum, en cursos de un año de duración, con permanencia intermedia en los sitios de trabajo en sus distintos países para el desarrollo de sus proyectos. A esto se unieron los seminarios breves de perfeccionamiento al personal de los Ministerios de Educación de los distintos países.
- La extensión, consistente en la dirección de la publicación semestral de la Revista Currículum para América Latina –OEA Universidad Simón Bolívar–, en que divulgamos excelentes trabajos de nuestros académicos, nuestros discípulos y especialistas latinoamericanos. El N° 11 de la Revista estuvo dedicado a mi trabajo: “De la acción al diálogo curricular”, síntesis de las orientaciones y acciones del Programa.
- Investigación, que se concentró en: “50 años de Reformas Educativas en América Latina”. Se presentaron 11 trabajos de investigadores representativos de cada país invitado, entre los cuales estuvo el de Iván Núñez Prieto de Chile.

Conclusión fundamental del Encuentro Final realizado en Caracas y presidido por Hernán Vera Lamperein, en representación de OEA, fue la ostensible influencia de Chile en los movimientos educativos de la mayoría de los países representados. Una vez más sentimos la emoción y el orgullo de ser profesores chilenos formados en instituciones que se habían replicado en la región.

Los múltiples viajes de encuentro con mi marido, siempre apoyándome, y mis dos hijos, entonces estudiantes universitarios, son aspectos inenarrables de la separación familiar que produjo la diáspora provocada por la dictadura en Chile, aún no estudiada en nuestro país. La pasión docente y el trabajo comunicativo con maestros y discípulos, en o desde Caracas, me lo hicieron soportable. Ejercía un cargo muy superior a los que había tenido en Chile, pero no estaba en mi país. En el fondo, lo que me sostuvo fue el afán de demostrar en forma silenciosa la injusticia de los atropellos de que nos hacía objeto la dictadura.

Desde 1977 a 1982 estuve al servicio de América Latina, en Caracas. Y luego, cuando el Director del Programa, Rector de la Universidad Simón Bolívar Juan Antonio Villegas, me permitió fijar mi regreso, estuve un año colaborando con la doctora en Educación Hilda López, venezolana, que sería mi reemplazante.

La vuelta al Chile silencioso y dolorido estuvo iluminada por mi familia. En el intertanto, la educación había cambiado radicalmente. Bajo la doctrina de la seguridad nacional y la negación de la política, el sistema educacional había sido expurgado de todos aquellos profesores que pudieran ser sospechosos de ideologías de izquierda. La Constitución del 80, complementada más tarde por la LOCE (10 de marzo de 1990), estableció una estructura diametralmente diversa a la que había operado desde la independencia en la etapa de constitución y configuración del Estado nación, que en el terreno de la educación conllevó el Estado docente y el fortalecimiento de la educación pública dirigida al bien común, desde etapa temprana del siglo XIX. La nueva estructura se generó autoritariamente en un marco privatizador de la educación y de adopción de la educación de mercado, la desconcentración y descentralización o municipalización, bajo la doble autoridad del Ministerio de Educación y del Ministerio del Interior, y con una propuesta de organización escolar calificada en reciente informe de OCDE como segmentadora de los estratos sociales, en que se ha dado y mantiene la situación de que el Estado financie tanto a las escuelas municipalizadas públicas como a las

privadas subvencionadas, entregando el financiamiento de estas últimas a los sostenedores. Al mismo tiempo, desestabilizó el estatus de funcionarios públicos del cuerpo docente. Este proceso fue parte del modo como el gobierno de Pinochet introdujo al país al proceso de globalización, cuyos efectos visibles se observaron más plenamente a partir de la década de los 90. Chile se introdujo a la economía de los mercados supranacionales, controlados por la fusión de empresas financieras cuyas actividades se han desarrollado por encima de las fronteras de los países, con el consiguiente debilitamiento de los estados nacionales, apoyándose en las poderosas redes de información y comunicación expresivas del avance científico-tecnológico, uno de cuyos símbolos es el computador.

Desde el país salí en varias ocasiones a cumplir misiones solicitadas por gobiernos de América Latina, siendo la más importante la cubierta en Costa Rica, donde tuve a mi cargo con la colaboración de la Universidad y el Ministerio de ese país la formación de un importante grupo de Especialistas en Currículum.

A comienzos de 1984 murió mi esposo y afortunadamente yo estaba a su lado en esos momentos. Sigo pensando que en parte su deceso repentino tuvo explicación en los quebrantos sufridos por el núcleo familiar en esa etapa de nuestra historia.

En 1984 bajo la iniciativa del Jefe de la Oficina Regional de UNESCO Dr. Donald Lemke, participé en la constitución de la Asociación Chilena de Currículum Educacional (ACHCED), que había tenido como antecedente al grupo CURFLEX, también conformado a iniciativa del Dr. Lemke. Nuestra misión fue establecer una relación persistente con académicos y profesores por medio de seminarios periódicos y encuentros anuales en que nos dedicamos a la actualización y reflexión de nuestro quehacer educacional desde una mirada interdisciplinaria. Fui elegida presidenta de la institución cinco veces consecutivas (1985-1989). Contamos con una red de vinculaciones de Arica a Magallanes. Y al regreso del régimen democrático entregamos una propuesta educacional al Presidente Patricio Aylwin y su Ministro Ricardo Lagos. Muchos de los integrantes de ACHCED

fuimos llamados a participar en direcciones de servicios educacionales universitarios y ministeriales.

Al inicio de los gobiernos de transición a la democracia fui llamada por la comunidad de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE) a desempeñar el cargo de Vicerrectora Académica con el candidato triunfante en la elecciones de Rector Dr. Alejandro Ormeño (marzo 1990). En un sistema educacional estructurado de forma tan diferente a aquella en que habíamos realizado nuestra gestión profesional hasta 1973, tuvimos que configurar un plan de acción recuperador de la democracia. Las grandes tareas a que se dirigieron nuestras acciones, a mi entender, fueron las de:

- Posicionar a la Universidad en su carácter de institución pública que, en las nuevas circunstancias de privatización y educación de mercado, tenía que cumplir las exigencias de participar en el financiamiento de sus acciones.
- Recobrar la participación del cuerpo académico en la toma de decisiones respecto a los cambios institucionales que deseábamos, superando las disposiciones que concentraban el poder en la autoridad rectorial, las restricciones impuestas por la seguridad nacional y las divisiones que fracturaban a la comunidad.
- Recuperar el sentido de la formación integral de los alumnos para el ejercicio de sus funciones docentes en la educación pública, dirigida a la inclusión de los sectores preteridos, en apoyo a las políticas de los gobiernos de transición.
- Generar un proceso persistente de perfeccionamiento y actualización académica en contacto con especialistas que favorecieran una visión interdisciplinaria de las ciencias de la educación.
- Avanzar hacia un proceso de calificaciones académicas requeridas por la complejidad de las demandas del avance científico-tecnológico y la búsqueda de la equidad, que desde inicio de la etapa de transición se expresaron en políticas de inserción en la

competitividad de los mercados internacionales y de equidad y justicia social.

- Abrirse al reintegro de los alumnos exonerados políticos.

Esta enorme tarea de recuperación democrática y académica, en mi caso, se hizo posible porque profesores muy representativos de las distintas tendencias existentes en la universidad habían sido mis discípulos o mis colegas en el Pedagógico y desde que ingresé manifestaron una abierta colaboración hacia las tareas a que nos comprometía la misión de la UMCE. Los lineamientos a que he hecho referencia nos condujeron a un cambio del currículum de formación, ya que había que reinstalar las disciplinas expresivas de la política educacional, la sociología y la antropología, para volver a ampliar los fundamentos de la educación que habían quedado restringidos a una sicología intradérmica, asignatura que incorporó las propuestas socio-históricas de Vigotsky. La práctica pedagógica, ubicada en el último año de formación con fuerte reglamentación para el contacto con los profesores y los alumnos de las escuelas, se inició desde el primer año con un ensayo de acciones de vinculación interdisciplinaria desde las asignaturas fundantes. Para estos efectos realizamos numerosas reuniones con los distintos equipos académicos, reforzadas con mesas redondas en que participaban expertos del Ministerio de Educación y académicos de otras universidades. Mi participación en estas iniciativas fue favorecida también por las redes de comunicación que habíamos establecido en el período inmediatamente anterior desde la ACHCED, y muy especialmente por la excelente disposición y creciente participación de los académicos involucrados en la vida institucional. Todo esto unido a las demás acciones de la Rectoría, cambios en la administración, reinicio de la investigación, mayor participación de los estudiantes, vitalización de la extensión, publicaciones, etc.

En noviembre de 1991 obtuve el Premio Nacional de Educación, al que fui presentada como candidata desde la JUNJI por M. Victoria Peralta, su vicepresidenta, que había sido mi discípula en el último curso de Currículum que ejercí para alumnos de la Facultad

de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile y que tuve que dejar al cese de mis funciones en septiembre de 1975. Ella y sus compañeros me habían rodeado de afecto en ese doloroso trance y habían iluminado mi Pascua de ese año viniendo a cantarme hermosas cantigas medievales. Nuestra Facultad de Filosofía y Educación de la UMCE jugó también un importante papel de apoyo a esa candidatura que desconocí hasta muy poco antes del acuerdo de la Comisión otorgadora del Premio, que me entregó el entonces Ministro de Educación Ricardo Lagos. Recibí una hermosa carta del Presidente Aylwin, en que me felicitaba en el recuerdo de mi madre y padre que habían sido sus profesores en San Bernardo. El Premio estuvo rodeado de muchas manifestaciones de aprecio, tanto dentro de la UMCE como de parte de las Universidades, de los profesores del país y de otras instituciones vinculadas con la educación, como CIDE y PIIE y la Asociación Gremial del Colegio de Profesores, cuya Revista "Docencia" insertó un hermoso afiche con los Premios Nacionales de Educación, presidido por la imagen de Gabriela Mistral. No puedo dejar de mencionar la condecoración "Profesor Honoris Causa" otorgada por el Consejo Mundial de Educación, presidido entonces por el joven profesor Horacio Marín de nuestra Universidad. Viajé de Arica a Magallanes a invitación de mis colegas, contándose entre ellas la del Liceo de Niñas de San Fernando en que me había educado... y los planes democráticos de la UMCE unidos a los recuerdos de mis anteriores desempeños, estuvieron presentes en mis múltiples discursos de agradecimiento. El recibimiento del Premio fue una gran alegría, en que recordé especialmente a mi madre, a mi marido y a mis maestros. En la medida en que constaté la calurosa acogida que este tuvo entre mis colegas y discípulos, al mismo tiempo, me invadió un enorme sentido de responsabilidad y angustia por tratar de cumplir con las expectativas que he sentido hacia mí como representante de la educación chilena hasta ahora, siempre superiores a lo que yo creo voy llegando a ser, en mi intenso y constante proceso de perfeccionamiento, de ajuste ético, defensa de la profesión y aplicación profesional. Siempre reconozco que el contexto en que se desarrollaron mis funciones educacionales hasta 1973 fue extraordinaria-

mente más facilitador que el que han tenido que vivir mis colegas, durante y después de la fractura institucional del país. Todos ellos necesitan del estímulo y el respeto de la sociedad hacia su labor, que en mi época anterior tuvimos los profesores con creces.

En julio de 1993 tuve que dejar la Vicerrectoría Académica de la UMCE por razones ajenas a mi voluntad, con un apoyo irrestricto a que me mantuviera en el cargo de los cuatro Decanos de las Facultades y de los profesores del Departamento de Educación, que solicitaron una jornada completa para mí. Después, en el período electoral de 1994, la comunidad me llevó como candidata a la Rectoría.

El Rector electo, Dr. Jesús González López, me ofreció la Coordinación General de Postítulos y Postgrados que ejercí hasta 1999. Los programas postgraduales que se habían iniciado en 1987 estaban en un excelente proceso de instalación, guiados por coordinadores que habían sostenido lineamientos acordes con el desarrollo de la educación y los requerimientos del país, proceso que traté de mantener con permanente apoyo del Secretario Académico Dr. Eduardo Cabezón y el personal académico, todos ellos designados por concurso. Una experiencia notable dentro de este cometido fue la Maestría en Educación con Mención Currículum para personal de la UMCE en la que se inscribieron libremente 34 académicos que vivieron la oportunidad de encontrarse y superar anteriores diferencias. Para efectuarla, se contó con una gestión y nombramientos que facilitaron un constante trabajo de planificación integrada, dando como resultados la graduación de 32 de ellos en plazos muy inferiores a los contemplados para el V nivel, destinado a las tesis. Su comportamiento innovador en la Universidad y la incorporación de muchos de ellos a niveles de Doctorado, han sido indicadores expresivos de ese esfuerzo realizado. Entre otras tareas iniciamos la publicación de los Resúmenes Analísticos de Tesis y Libretos de síntesis de las 10 mejores tesis de cada año. Esto, unido a la constante preocupación porque los graduados presentaran sus trabajos en las reuniones anuales de investigadores organizadas por el CPEIP

me significó un reconocimiento especial de esa institución a mi cooperación al desarrollo de la investigación en el país que fue entregada a un grupo de profesores.

En mayo de 1997 la Universidad me otorgó la calidad de Profesora Emérita, que recibí con especial sentimiento de pertenencia a la institución.

A comienzos de 1999 dejé la Coordinación por solicitud voluntaria al Rector, manteniéndome como académica de la mención Currículum. El Programa había llegado a contar con más de mil alumnos, en varias menciones y con incorporación de Maestrías Semipresenciales en Currículum y Educación Parvularia, y consiguiente publicación de textos de apoyo. A solicitud del Rector Raúl Navarro y del Coordinador Mario Leyton en este último período, me incorporé al desempeño de algunas funciones de apoyo técnico dentro del Postgrado, y mantuve el desempeño de mi trabajo en los cursos de currículum.

Conclusiones

Mi vida dedicada a la educación, con profunda vocación y permanente respeto por la profesión, me llevó a adoptar una posición curricular reflexivo crítica, con clara conciencia de las decisiones de poder externo a las instituciones educacionales, que definen su orientación y normas, lo que me facilitó el ejercicio de mis espacios de libertad para cumplir mi misión, siempre dirigida por el sentido mayor de emplear el perfeccionamiento requerido por el avance científico-tecnológico, al servicio de la educación democrática, de respeto e inclusión de los más pobres. Siempre he reconocido que el ejercicio complejo de la profesión requiere permanente interrelación comunicacional aceptando a los otros como diferentes y respetables en los consensos y en las discrepancias, en un proceso de aprendizaje que dura toda la vida y que requiere crecimiento personal, además de permanente aproximación al conocimiento y a las habilidades que requiere su aplicación.

Como profesora me he mantenido en una constante disposición de asombro ante el crecimiento de mis alumnos en las complejas dimensiones que desde cada ser humano surgen en el proceso de su desarrollo.

Algunas Publicaciones

- *Tres Años de Televisión Educativa*. Editorial Universitaria. Santiago 1969. 115 páginas.
- *Desarrollo de Modelos Curriculares. Tecnología de la Educación*. Tomo I: Fundamentación teórica y Tomo II Operatoria. Edit. Santana. Santiago. 1ra. Edic. marzo. 1976. 2da. Octubre 1976. Edic. Universidad Simón Rodríguez. Caracas, Venezuela. 1978.
- *Diseño de cursos universitarios. Una metodología de análisis de sistemas*. En colaboración con Claudio Riquelme Hernández. Editorial Flasch. Santiago. 1978.
- *De la acción al diálogo curricular*. Balance de las acciones del proyecto multinacional de currículum. Edición especial de “Currículum”. Revista especializada para América Latina y el Caribe. Año 6 N° 11. O.E.A. Ministerio de Educación. Universidad Simón Bolívar. Caracas. Venezuela. 1981.

Últimas Publicaciones

- Teoría crítica y Currículum*. Texto-Guía para postgrado en Educación. UMCE (1996). Edición revisada para su publicación en 1999-2000.
- Desafíos de la Educación y el Currículum en el proceso de modernización en Chile* (Págs. 49 a 108), en: Educación, vocación y compromiso. Seis premios nacionales de Educación. Ed. Isech. Tiberíades. Santiago, agosto 2000.
- Edición de Documental. “Visión del Currículum”*. Reflexión y acción de especialistas en Currículum de sectores de Postgrados de Universidades Chilenas. Libreto y serie de 9 videos. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, marzo 2003.

Paradigmas, naturaleza y funciones de la disciplina del currículo. Revista Docencia N° 20, agosto 2003, Págs. 36 a 55. Colegio de Profesores de Chile A.G. Artículo replicado en libro “El currículum en la educación infantil”. SEC. Universidad Pedagógica Veracruzana. México, Veracruz, 2004. Págs. 1-12.

Reflexiones en torno a la perspectiva curricular holística. Revista Enfoques Educativos.

Depto. Educación, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile. Vol. 5, N° 1, Santiago. 2003.

Publicaciones acerca de la autora

Caiceo, Jaime. “*El pensamiento pedagógico de Viola Soto Guzmán*”, en Revista Foro Educativo de la Facultad de Educación de la Universidad Católica Blas Cañas. Vol. 2, Santiago, 1997.

Merino, María Isabel. “*Vida, Obra y Pensamiento pedagógico de un Premio Nacional de Educación*”. Tesis para optar al grado de Magíster en Educación, Mención Currículum. UMCE. 1996.